

completaba el binomio tradicional *mente-cuerpo*, y el escritor Ernesto Sábato adoptó este elemento importante en la configuración de la naturaleza del hombre y de su destino:

... los seres humanos son ajenos al espíritu puro, porque lo propio de esta desventurada raza es el alma, esa región desgarrada entre la carne corruptible y el espíritu puro, esa región intermedia en que sucede lo más grave de la existencia: el amor y el odio, el mito y la ficción, la esperanza y el sueño (A, 406; AR, 19).

El *alma*, por lo tanto, no sólo realiza la tridimensionalidad del ser humano—cosa extremadamente importante para un novelista auténtico—sino que explica el desprendimiento de la problemática debatida por Sábato tanto de los argumentos biológicos como de los abstractos; ya lo había declarado:

¿Qué es lo humano? No la carne pura, que es su fundamento zoológico; ni el espíritu puro, que es su aspiración divina. Lo humano, lo específicamente humano, lo dolorosamente humano, es el alma. ... la novela se hace en esa región desgarrada y tenebrosa que es el alma. Escribimos novelas porque tenemos alma, porque por esa inevitable encarnación somos duales e imperfectos.

Un dios no escribiría novelas (EF, 181).

Situada entre lo mortal (la carne) y lo inmortal (el espíritu), entre lo relativo y lo absoluto, dominada por emociones corpóreas pero aspirando a la serenidad espiritual, el alma sufre angustiada sobre la tierra—materia para la literatura—bajo la tiranía de la suerte (*heimarmene*), para que después de la muerte trate de deslizarse por entre los jerarcas demoníacos para alcanzar a Dios. Queda al escritor aprehender *les raisons du coeur* de Pascal o los gestos tenebrosos del gran herejarca Dostoievski, y Sábato sabe hacer uso magistralmente de los paradójal e insensato del alma de sus personajes.

Y si rudimentos de teosofía existían—aunque todavía no bien elucidados—en el gnosticismo, Ernesto Sábato, por razones de método investigativo, expone una convicción suya que le es útil para tramar sus novelas:

Vuelvo al alma que viaja durante el sueño y puede ver cosas del futuro, ya que se libera del cuerpo, que es lo que en el hombre lo encadena en la prisión del espacio y del tiempo. Las pesadillas son las visiones de nuestro infierno. Y lo que todos logramos en el sueño, los místicos y los poetas lo alcanzan mediante el éxtasis y la imaginación. «Je dis qu'il faut être voyant, se faire VOYANT» (A, 342).

Es por intermedio del alma en pesadilla, del alma que sabe escurrirse entre los demonios y sus huestes, que Vidal Olmos y él, Sábato, penetran en el mundo subterráneo de lo inconsciente, en la organización secreta de los ciegos, se asoman a los abismos de la realidad esotérica y monstruosa, pero conocen la Verdad, alcanzan la Gnosis.

Ahora bien, lo que Sábato nos quiere divulgar son simplemente los «nechos», sin comentarios, e insiste que el mito expresa una realidad de la única manera en que tal realidad se puede expresar, y análogamente el sueño expresa una realidad en el irreductible lenguaje onírico, de la única manera en que esa realidad puede expresarse. La Verdad alcanzada por la Gnosis, por ende, no se puede explicar, sino que se expresa por el lenguaje mítico u onírico (cfr. A, 222-223). No se puede pasar del pensamiento mágico, artístico, al pensamiento racional, porque éste puede mistificar:

Una doctrina de derecho puede ser una mistificación, puede ser el instrumento que usa una clase privilegiada para eternizarse legalmente. ¿Pero cómo puede ser una mistificación el Quijote? (A, 224).

Con el propósito de crear un arte profundo, no mistificador, Sábato usa exclusivamente su alma y los antros de su inconsciente, hasta la extrema situación de incorporarse a su novela

... como un personaje más, en la misma calidad que los otros, que sin embargo salen de su propia alma. Como un sujeto enloquecido que conviviera con sus propios desdoblamientos. Pero no por espíritu acrobático, Dios me libre, sino para ver si así podemos penetrar más en ese gran misterio (A, 276).

Mas, al proceder así, Sábato reconoce los dos tipos de dualismo gnóstico: la antítesis Luz-Oscuridad, realidad conflictual a la que viene aludiendo en todos sus escritos, con la variante Izquierda-Derecha, y la dualidad hombre-demonios (mejor dicho por el griego *daimones*). Si bien la primera especulación, irania, proviene de la doctrina zoroastriana de los dos principios opuestos, siempre en pugna, tales como

Luz	Oscuridad
ciencia	imaginación
razón	inconsciencia
derecha	izquierda
divino	demoníaco
lógico	ilógico
objetivo	subjetivo

la verdad es que los personajes sabatianos no se adhieren claramente a uno u otro lado. Sábato, en el fondo recomienda la consideración de los dos lados:

—El hombre es un ser dual —dijo Sábato—. Trágicamente dual. Y lo grave, lo estúpido es que desde Sócrates se ha querido proscribir su lado oscuro. Los filósofos de la Ilustración sacaron la inconciencia a patadas por la puerta. Y se les metió de vuelta por la ventana. Esas potencias son invencibles (A, 285).

El segundo tipo de dualismo gnóstico, más simbólico, involucra la trágica pugna del hombre con sus propios daimones. Esa especulación de Valentinus infiere que el acto humano de conocimiento espiritual (pneumatikos) o del alma (psyckhe) vuelca la acción precósmica de los daimones, la gnosis resultando un acto de ser. Para Sábato resulta la última realidad:

... Lo real no eran los paraguas, la lucha de clase, la albañilería, ni siquiera la Cordillera de los Andes. Todo eso eran formas de la fantasía, ilusiones de delirantes mediocres. Lo único real era la relación entre los hombres y sus dioses, entre el hombre y sus demonios. Lo verdadero era siempre simbólico, y el realismo de la poesía era lo único valedero, aunque fuese ambiguo o por eso mismo: las relaciones entre los hombres y los dioses eran siempre equívocas (A, 273).

En este instante, después de haber pasado por el conocimiento somático, biológico y social, tras una ardua subida hasta los conocimientos pneumáticos, de la razón matemática y científica, Sábato se decide bajar hasta los fondos de su psique, a los antros de lo irracional, a la realidad suprema. Pero, para alcanzar la Gnosis, se necesita un ritual de iniciación.

Un extraño aposento, sellado hace dos mil años, se abrió bajo los golpes de los excavadores cuando, a mediados de este siglo, sacaban los cimientos de la antigua estación de ferrocarriles de Constanza, la antigua Tomis romana. Adentro, en la oscuridad, esperaban una docena de estatuas de mármol blanco, perfectamente conservadas como en una caja de tesoros: dioses y diosas de la mitología grecorromana, al tamaño del hombre según la tradición helénica. Y, en medio de ellas, la obra maestra de aquel prodigio: una misteriosa criatura, de tamaño reducido, sin par en los descubrimientos arqueológicos de esta civilización.

Era una serpiente, erigida en espiral, con la cabeza de una joven mujer. Se le notaba la delicadeza en la ejecución, se sentía casi, al